

ct

Martirio

de
Julio Rojas

(fragmento)

*Para nuestras madres,
Sagrario, Aurora y Mari Ángeles.
A las Martirios del silencio.*

*“Tengo el corazón lleno de una fuerza tan mala,
que sin quererlo yo, a mí misma me ahoga.”
La casa de Bernarda Alba, Federico García Lorca*

*“Qué belleza guardan aquellos que no encuentran
su lugar entre tanta gente;
no es soledad, es un privilegio no encajar.”
Alejandra Pizarnik*

- I. MISTERIO DOLOROSO – SU MADRE
- II. MISTERIO GOZOSO – SU HOMBRE
- III. MISTERIO LUMINOSO – SU TRANSFIGURACIÓN
- IV. MISTERIO GLORIOSO – SU ASUNCIÓN
- V. VITAM AETERNAM – ¿SU RESURRECCIÓN?

I
MISTERIO DOLOROSO
“SU MADRE”

Martirio ha llegado hasta la tumba donde reposa el cuerpo de su madre, Bernarda, recién fallecida. Ésta yace ahora bajo una elegante losa de mármol negro. En la lápida puede leerse:

FAMILIA BENAVIDES ALBA

También los nombres grabados en la piedra (Bernarda, Josefa, Adela, Antonio María...), que se confunden con las vetas del mármol, más según sus muertes se remontan hacia atrás en el tiempo.

Martirio, muy quieta, no mira a la lápida, sino lejos hacia el fondo, por donde va a ponerse el sol, que se refleja en algunos charcos de agua que perduran de las últimas lluvias de la primavera. Grandes cipreses recogen el espacio, mecidos por un viento caliente y suave.

Sólo se escucha su respiración. Sus manos permanecen cerca de su cuerpo, como las garras de un pájaro cuando reposan debajo de las alas cerradas. Su rostro está cubierto por un velo de gasa, y lleva un bolso bajo el brazo. Viste completamente de negro.

Después de un largo silencio, dentro del cual se sigue escuchando su respiración, una brisa le mueve el velo, y ella lo deja caer al suelo:

Silencio.

Martirio habla y niega con frialdad pero llena de orgullo, como si se fuera a enfrentar contra un batallón ella sola, viéndolo en el aire y en el espacio vacío que hay delante de su cuerpo.

Este silencio está tan lleno de palabras como esa tumba lo está de imágenes de mi madre. Eres una, y eres todas las imágenes que se vieron de ti, todos esos rostros, eran mi madre, la madre de las Alba. Como también hay muchas Martirios aquí dentro, y a la vez, una sola. No soy la más joven, ni la más guapa. No soy la más recordada, ni la más querida. No soy la más llorosa, ni la más fuerte. La más enferma, si acaso, pero no enferma de muerte, no. De muerte, no. No soy la más adecuada. Miento con facilidad. Hurto con facilidad. Juzgo con facilidad. Me acobardo con facilidad.

Martirio hace una pausa. Rompe su rigidez corporal y aparta la vista de ese infinito.

Esta sinceridad no es propia de mi, ¡calla, Martirio!
Cállate, Martirio.

*Silencio. De soslayo, le dirige ahora una mirada a la tumba donde reposa Bernarda.
Reprime un estallido de risa.*

Martirio, ¡vaya nombre!
¡No pudiste elegir otro! (*Como enumerando la lista de la compra*). Mi nombre ha sido mi oráculo, mi condena y mi castigo, me ha perseguido desde el día en que nací. ¿Qué otros nombres tuviste en mente? (*Ahora bromea*). ¿Dolores? ¿Soledad? ¿Angustias? No, ése ya lo cogió la otra... ¡pero, qué tino madre! Me podías haber llamado Rosa, Margarita, Amor, Herminia, Leovigilda, Rigoberta... pero no, Martirio.

Pausa.

Ahora hablo contigo, y para hablar contigo, mejor callar.

¡Silencio!

Hablo contigo, y me diluyo entre los verbos, en *la búsqueda vana de las palabras correctas*.¹
Pero no tengo las palabras correctas para ti. ¿Qué te puedo decir?
(*Como confesándole un secreto*). Sólo lo que no quieres escuchar.
¡¿Para qué quiero yo hablar, si sólo quiero silencio?!
Silencio, cuando te pronuncio pierdes todo el sentido.

Cargo con el silencio, con las palabras, con las culpas.
¿Con quién hablo, si nadie me va a responder?
Pues hablo contigo/ (*Se interrumpe*).
¿Qué estoy haciendo aquí?

Se dirige hacia atrás, decidida a marcharse del Campo Santo, pero algo la detiene...

Yo sé que me escuchan...

Parece que Martirio va a realizar el acto de contricción..

Dios mío... acompáñame.

Martirio realiza La Señal de la Santa Cruz.

PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS,
SANTIFICADO SEA TU NOMBRE;
VENGA A NOSOTROS TU REINO;

¹ *El sacrificio como acto poético*, Angélica Liddell.

HÁGASE TU VOLUNTAD
 ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.
 DANOS HOY
 EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA;
 PERDONA NUESTRAS OFENSAS,
 ASÍ COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS
 A LOS QUE NOS OFENDEN;
 NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN,
 Y LÍBRANOS DEL MAL.
 AMÉN.

Silencio. Martirio podría irse ahora mismo, pero no lo hace. Vuelve a sus pensamientos, sus pensamientos vuelven a ella, y ante esos pensamientos, niega de nuevo con la cabeza. Después de la oración, le da a su madre una información tajante:

No he llorado por ti.
 Yo... no he llorado por ti.
 Se me acercan y me dicen: “¡Lamento vuestra pérdida, muchachas!”
 (Martirio ríe, sarcástica). ¿Pérdida? ¿Muchachas?
 No te has perdido, no eres una diadema que sustrajo la mano larga de una criada. No eres esa...
 lágrima que no aparece. No eres nada de eso. Ni una pérdida, ni perdida estás.

Pausa. Martirio se separa de la tumba y habla ahora más para sí misma. Entre sus palabras más agrias, se adivina ira entre cada letra, pero no llora.

Reconstruyo tus últimos días, como granadas contra mi pecho.
 Los últimos alientos de tus pulmones.
 Mis manos lavándote; estas manos, las más sucias.
 Tu nombre y las oraciones, reverberando en la cúpula de la iglesia.
 El polvo del suelo, levantándose mientras te traíamos hasta aquí.
 El ruido de la caja que duerme contigo al posarse en la tierra.
 El zumbido de los que te conocen en la parte de mi cuello cerca del oído, y en la viscosidad de sus abrazos.
 Y yo: seca, todo el tiempo.

Golpeándose ahora el pecho, hueco.

Que no tengan la osadía de decirme que eres una pérdida... tú, mi madre querida, que todo lo procuraste para nuestro sustento, como una leona y su manada... Protegías nuestra casa, ni las bombas se atrevieron a pasar nuestro umbral.

Madre, ¿cómo te has atrevido a morir antes que tus hijas?
 El espectáculo del luto de las Alba no será lo mismo sin tu mirada de halcón.
 Yo, madre, te creía eterna.
 Nosotras sólo tenemos sentido si tu existencia sobrevuela nuestras alcobas.
 Ahora somos ovejas sin pastor.

Pausa. Martirio adopta de pronto una actitud más relajada y confidente, como la de una conversación madre - hija que pudiera haberse dado en los “buenos tiempos”.

Te alegrará saber que hemos estado todas.
 Hasta tu niña, la Angustias, ha aparecido por aquí, arrugada como un mono.
 Ha llegado tarde, sólo para el entierro.
 Ya sabes que no la vemos mucho, que no viene mucho.
 Ni trae a Pepe, que seguro que está como un tonel.
 ¡Dichosa ella que... bla bla bla!
 Se nos dirige a las de aquí como si fuera una ministra, o una señora así.
 Tontalaba...
 Menos mal que no viene mucho, que no la vemos mucho.
 Menos mal que la casaste enseguida, ¡no hubiera querido ver esa cara de haba!
 ¡Todos los días, tantos días!

Después de una pausa, Martirio se pregunta como si hubiese pasado una eternidad:

Pero, ¿cuánto hace que yaces debajo del mármol? *(Se acerca a la losa, increpándola directamente, orgullosa)*. La mejor lápida que se ha visto en estas tierras.
 Te has convertido en una losa negra de mármol, siempre fuiste una losa negra de mármol; tú, que has sido un Dios para mí.
(Confusa). Me creaste a tu imagen y semejanza, y ahora desapareces.
 Y yo no he llorado por ti. Debe ser que estoy vacía, vacía y hueca como una figura de porcelana, como ésas que tenía la abuela.
 Dicen que soy dura, que soy insensible, áspera de corazón, como un tronco, indiscernible, inapreciable.
 Por no llorar por usted, por ti, madre.
 Termino un luto, y empiezo ahora el tuyo, otra vez con este insoportable calor. Llevo una cadena de lutos al cuello, y la ostento como mis mejores joyas.
(Parece que bromea de nuevo). A veces pienso que... que quiero sufrir por el mundo, nada más. Ser la novia de los soldados que murieron. La hija de la enfermedad terminal. La madre de los nenes que no pudieron nacer.

Tras escucharse a si misma, súbita, se aleja de la tumba, dándole la espalda y avanzando hacia delante, por donde se levanta la luna.

Esta tarde había un cielo naranja y rosa, parecía que iba a estallar el aire. Tú sabes de sobra cuánto detesto este calor. Pero he salido a la calle para venir aquí, con el ardor manchándome hasta en los huesos, y de repente escucho:

“¡Martirio! ¿Adónde vas? ¿dónde vas ahora?”/

¡Me voy!

No, no me lo han preguntado mis hermanas, no están en condiciones.

Ha sido tu amiga, la Prudencia, encaramada en su balcón y sin atisbo de lo que su nombre indica... comadrona y conventillera.

Y yo, vacía y serena, le digo: “Métete en tus asuntos aunque tengan tan poco interés como el que yo

tengo por ti”.

Me relojea, otra vez: “¡Niña, Martirio, vuelve para tu casa!”

“No soy una niña. Tengo la edad de nuestro señor Jesucristo cuando se fue de este mundo”, y he seguido, dejando a la cotorra en su rama.

(Martirio suelta una carcajada llena de sarcasmo). ¿No te ríes conmigo? (Con desprecio). ¡Vamos, madre! Ninguna de las dos soportamos a la gente... plana, los que dicen que no saben lo que es la envidia, la inquina... benignos, susurradores, mentirosos...

Yo he seguido.

Primero por nuestra calle, luego por los galpones de las lindes del pueblo/

Tengo la edad de Nuestro Señor...

En el cruce de las vías del tren... me he detenido. Me he agachado, sin saber por qué. He tocado el metal, ardía como un secreto que no se dice. He acercado el rostro, y he escuchado el acero, un momento. Me he levantado y he seguido hasta aquí, preguntándome:

“¿Que me espera ahora?” A mis 33 años, ¿es que me espera una resurrección?

(Pausa). Nuestro Señor Jesucristo murió a sus 33 porque es la edad perfecta de la vida, y así, Nuestro Señor, nos enseña la condición futura de los que resucitarán en el día final.

(Breve pausa). La parte de mi que es el nudo de mis días ha muerto contigo... ¿Tendrá esto algo que ver, madre? ¿Has muerto a mis 33 por algo? Dios no hace nada arbitrariamente/

(Con un punto de coquetería). Pero yo, ¿Martirio? “¿La más fea de las hermanas Alba”? En la edad perfecta de la vida,...

Se responde a sí misma, explotando con un profundo sarcasmo.

¡¿De qué vida?!

¿De quién?

Si tienen razón...

Si soy una cucaracha blanca.

Soy fea.

Deformada

Soy un desaire.

Soy atroz.

Un cardo.

Horrenda, fea como ella sola.

Adefesio, federica, bagarto.

Un feto, un espantajo.

Fea... como un frigorífico por detrás.

Bruja, cuija.

Pescado.

Esperpento.

Moscorrofia.

Mostrete.

Carepalmada.

Ñurida.

Más fea que pegar a un padre.

Más fea que Picio.

Difícil de ver.
 Rara de mirar.
 Escorromucho.
 Fea de ácido en la cara.
 Fea como una broma de Dios.
 La suerte de la fea, la guapa la desea.
 ¡Y una puta mierda!
 Espantajo.
 Espantaja.
 Un callo Malayo.
*Soy tan insignificante, tan fea, que ni siquiera cubriéndome de escupitajos, se distinguiría mi cara de un espanto.*²
 Un ser al que ocultar, un ser al que esconder.
 Grotesca, deforme.
 Dios, pero qué mujer tan fea.

Pausa. Agotada pero altiva:

¡Mediocres!
 Yo no.
 Yo tengo la luz de la conciencia. Yo sé... Nuestro Señor lo sabe.
 Esta es la edad perfecta de la vida.
 Mis 33 años.
 Los demás no saben.
 Yo sé lo que es sufrir. No tienen ni idea. Ni puta idea de lo que es sufrir.
 Yo estoy encerrada en una tragedia.
 Pero...
 ¿A lo mejor viene una resurrección para mí?, a lo mejor...

Martirio mira al cielo, y después de una pausa, mientras espera la bendición de una caricia divina.

¿Lloverá hoy, para que pueda llorar?

Vuelve a dirigirse hacia la tumba:

Ya amainan las voces de tu entierro, y los llantos y las melindres de quienes me lamentan tu "pérdida".
 Y sin todo ese ruido y con todo este silencio, ahora sé que debo... que tengo... *(una breve pausa, seguida de un borbotón de terror)* ¿qué soy? Yo quiero... Sin embargo yo... Debería mostrarte mi respeto, hablarte...
 Y he aparecido aquí, en este bosque de mármol y cipreses, en esta laguna de lágrimas.

Pausa. Martirio se desprende de su bolso, que ha tenido agarrado todo el tiempo, y sus manos, ahora libres, la llevan hasta el mármol.

² *Ciclo de las resurrecciones*, Angélica Liddell.

Ahora que ya no estás viva, ahora podría irme.
Pero si no estás, hay tantas cosas de las que hacerse cargo...
La casa, las hermanas, la tierra.
El luto, el cuerpo, la culpa.
El ruido, el silencio, el tiempo.
El llanto (he venido para llorar por ti), la risa... la/
¿Puedo sentir alegría?
No.
No lo sé.
Tengo gusanos de dolor por dentro, tantos que me dejan sorda.

*La ira de Martirio, una ira que ella misma genera, estalla inútil contra el mármol.
Ahora incluso golpeando con los puños cerrados.*

Rompería con los puños, con los codos, con mis huesos que ya se rompen solos, este mármol que nos separa; arrancaría las raíces que crecerán sobre tu ataúd; levantaría las astillas de la caja hasta con mis uñas en carne viva para comprobar que la tuya sigue muerta. Que no te has perdido. Necesito saber que estás aquí.
Y, nada. Silencio, tú sólo me das silencio.

Martirio toma de nuevo su bolso, y se aleja en la dirección por la que había llegado.

Has preferido que te coman los gusanos antes que abrazarme. ¡Pues que te abraze la tierra...
Bernarda!

Al pronunciar el nombre de su madre, Martirio se detiene como golpeada por una fuerza descomunal. Se hace por fin un diáfano silencio.